

y pesadamente como este, los restantes noviajes de Juan García, su historia había de ser mas larga que la de Juan Soldado.

No haré tal, y me concretaré á señalar lijeramente el efecto progresivo que en el alma de Juan hicieron, las novias siguientes.

Si os digo que la segunda era un tipo opuesto al de Luisa: que se llamaba Antonia; que era morena y de carácter violento y arrebatado, no me preguntareis, qué género de música ejecutó en el alma de Juan García. Las partituras de Verdi fueron el continuo diálogo mantenido entre los concertistas.

Pero cuando Antonia empezaba á ejecutar, no se ponía para poco. Sus conversaciones con Juan eran una no interrumpida série de *allegros y vivacissimos*. Juan no tardó en cansarse, y un dia dijo á Antonia que sus arranques y sus genialidades, le producian un vértigo continuo.

Antonia no sufría indirectas de nadie, y se puso, por toda contestacion, á ejecutar en el alma de Juan la tempestad de Rigoletto; pero con tal colorido y fuerza de expresion, que Juan exclamó para sí:—*me rompe el alma; no hay remedio.*

VI.

Al acabar la tempestad, el arpa tenia seis ú ocho cuerdas menos; Juan se la echó al hombro y con el alma áuestas, fué á buscar otro instrumentista.

Y bien puede decirse que Juan era el niño mimado de la fortuna, cuando tuvo la de tropezar con Angeles.

Angeles tenia un idolo en música, Gounod; y, como Telémaco una pasion *en general*, los rubios. No se si he dicho antes que Juan García era rubio como unas candelas.

¿Creeis que bastó esto para fijar á Juan? Pues, á los dos meses ya andaba otra vez con el arpa al hombro.

VII.

Por cierto que andaba tan distraido, que no advirtió que iba á tropezar con una literata; y tan tremendo fué el pechugon, que á Juan se le cayó el alma á los piés.

Ella, no sé si compasiva ó despreocupada, la recojió del suelo; y á Juan no le ocurrió cosa mejor, que suplicar á la desconocida de los quevedos, le ayudase á pasear aquel mueble por el mundo.

Estos amores duraron seis horas.

En el primer diálogo, aquella mujer sublime tocó en el alma de Juan García cuarenta y dos sonatas de Bethoven y Juan se dió por satisfecho con aquel hartazgo de germanismo.

VIII.

Más aun: tuvo un momento de lucidez y pen-

só, que entre unas y otras le estaban poniendo el alma en un estado lastimoso.—Desde ahora en adelante—se dijo,—no he de consentir á ninguna que me rompa más de una cuerda. En rompiéndome la primera, me voy con la música á otra parte.

Y, en efecto; la crónica cuenta que, despues de la literata, ya no tuvo Juan García mas que once novias.

¡Ah! ya se me olvidaba; también cuenta la crónica que al arpa solo le quedaban once cuerdas.

Despues vino otra muchacha, que, no teniendo cuerdas que romper, le apretó las clavijas y se casó con Juan García.

Al hacerse cargo del alma de su marido, no pudo menos de notar la mezquindad del regalo, que al fin era un arpa sin cuerdas; pero ni se lo echó en cara, ni, segun dicen malas lenguas, la preocupó mucho esta circunstancia.

IX.

Y colorin, colorado....

—¿Qué? ¿que cómo acabó aquel matrimonio?

Pues.... tronó como arpa vieja.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

¡EL OCHO DE FEBRERO DE 1877!

¡Triste y memorablè dia

de funesto amanecer:

cuán diferente de ayer

lucen á la patria mia!

¿Quién imaginar podia

que, por impensado azar,

—el nuevo sol al rayar

velado en crespon de luto—

al dolor tanto tributo

debieras, Murcia, pagar!

De inmensa hoguera al fragor

que en mole gigante prende,

por tus ámbitos se estiende

fatídico resplandor.

Grito de angustia y horror,

en tu infortunio al mirarte,

de todos los pechos parte,

y todos los ojos lloran;

porque esas llamas devoran

un templo augusto del arte.

El pueblo, en denso oleajo,

en torno se agolpa... y calla;

ruje el incendio; no hay valla

contra su impetu salvaje;

luchan con noble coraje

los que á contrastarlo van;

si en su generoso afan

no vencen, á nadie asombre:

